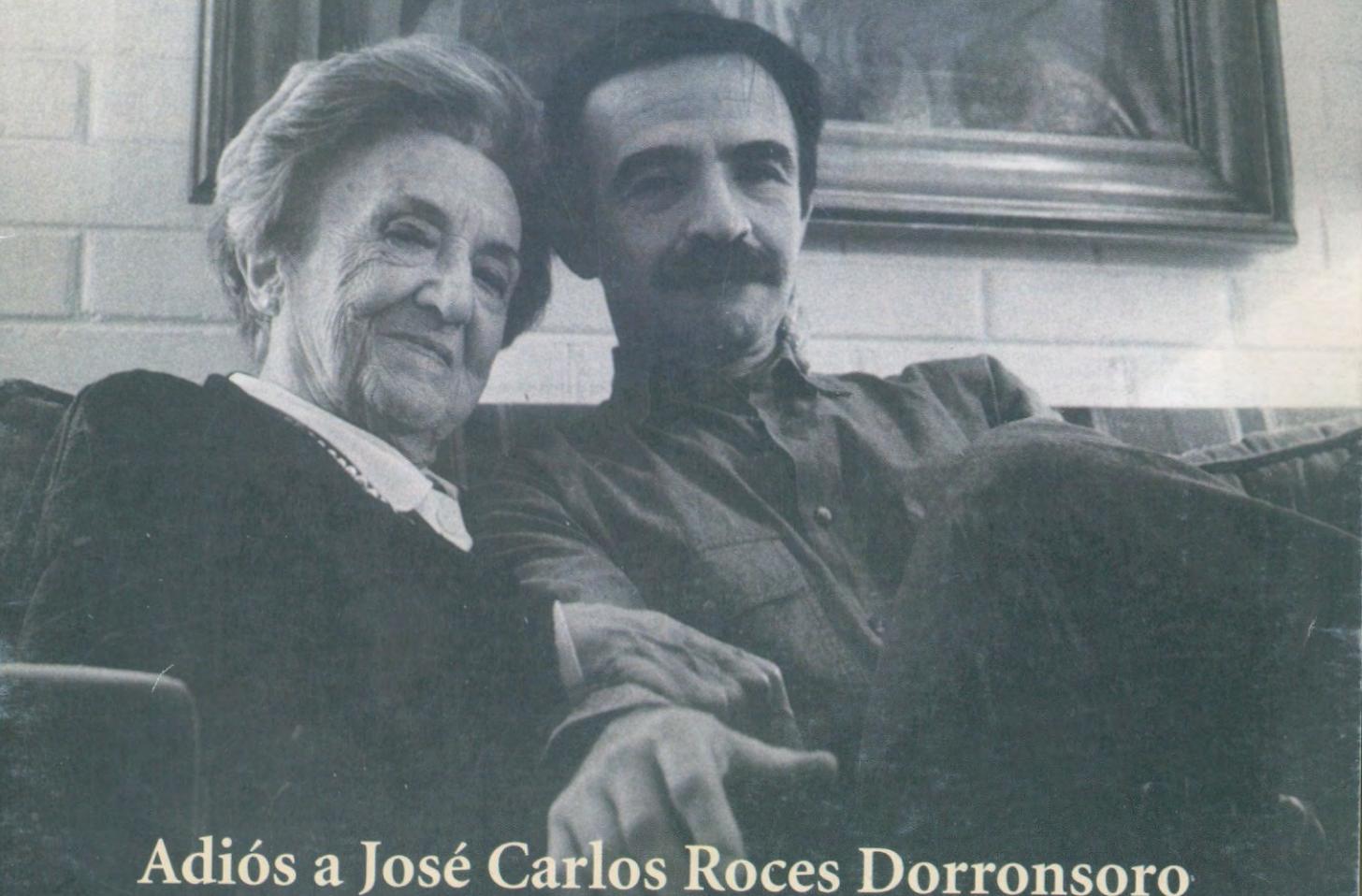


EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 101 Editorial

ENERO-FEBRERO DE 2003



Adiós a José Carlos Roces Dorronsoro

PUBLICACIONES DE EL COLEGIO DE MÉXICO

LA REPÚBLICA FEDERAL MEXICANA GESTACIÓN Y NACIMIENTO



La República Federal mexicana: gestación y nacimiento. La consumación de la independencia y la instauración de la República Federal, 1820-1824, Manuel Calvillo (compilador), El Colegio de México, El Colegio de San Luis, 2003, c1974.

Con objeto de conmemorar el sesquicentenario de la fundación de la república federal en México y de la creación del Distrito Federal, el Gobierno de la República y la entonces Jefatura del Departamento del Distrito Federal encomendaron a un selecto grupo de historiadores y juristas dirigido por el doctor Octavio Hernández y coordinado por el licenciado Manuel Calvillo, la elaboración de una obra que, por su contenido fundado en fuentes primarias diera cuenta del significado de acontecimientos de tanta trascendencia para nuestra historia.



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx

**VOICES
of Mexico**
CIEN • UNAM

**Interview With
Federal Electoral
Institute President
José Woldenberg**

**Mexican Foreign
Policy and the War**
Roberto Peña Guerrero

A Review of NAFTA
Articles by José Luis Calva,
Edward Chambers,
Blanca Rubio
And Isabel Studer

**Political Participation
In Mexico**
Articles by Roberto Gutiérrez
And Rubén García Clark

**Chihuahua
The Desert: Ceramics,
Drought and Cave Art**

www.unam.mx/voices

NUMBER 63 APRIL • JUNE 2003 MEXICO \$40 USA \$9.00 CANADA \$11.70

Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico* editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

**VOICES
of Mexico**

SUSCRIPCIONES

Canadá 203, Col. San Lucas, 04030 México, D.F.
Teléfonos y fax: 5336-3601, 5336-3558, 5336-3595,
5336-3596 and 5336-3449

e-mail: voicesmx@servidor.unam.mx

ÍNDICE

José Carlos Roces Dorronsoro

■ Rolando Cordera ■ 2

Palabras de despedida

■ Andrés Lira ■ 4

Homenaje a Carlos Roces

■ Soledad Loaeza ■ 5

Hacia las “cartas completas” de Alfonso Reyes

■ Javier Garcíadiego ■ 9

Los trajes de Charly

■ David Olguín ■ 17

Mi amigo Carlos Roces

■ Rafael Segovia ■ 19

La obra de la serenidad

■ Fernando Serrano Migallón ■ 21

La amistad

■ Selección de Martha Elena Venier ■ 23

Carta a Carlos Roces

■ Marta Verduzco ■ 24



EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F., Teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ **Secretario general** DAVID PANTOJA MORÁN ■ **Coordinador general académico** MARCO PALACIOS ROZO ■
Secretario académico ALBERTO PALMA ■ **Secretario administrativo** HUMBERTO DARDÓN ■ **Director de Publicaciones** FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■
Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ **Coordinadora de Promoción y Ventas** MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 101, ENERO-FEBRERO DE 2003

■ **Diseño** REDACTA, S.A. DE C.V. ■ **Diagramación y formación** SOCORRO GUTIÉRREZ ■ **Corrección** EUGENIA HUERTA Y ANTONIO BOLÍVAR ■
■ **Fotografía de portada:** RICARDO VINÓS ■ **Diseño de portada** EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO ■

Impresión REPRODUCCIONES Y MATERIALES, S.A. DE C.V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.

José Carlos Roces Dorronsoro

Charlie para muchos de nosotros, profesor para otros tantos, majestad para mí, a quien allá por el turbulento año 2000 había decidido llamar “mariscal” o “general” para anunciar su incorporación de nuevo a las filas de la aventura política formal y militante, esta vez bajo el emblema de Democracia Social y, más que generosamente, a través de la Fundación Pereyra y la revista *Configuraciones*. El pasado 6 de enero, ese último ciclo de mi amistad más que entrañable con Carlos se cerró para abrir la puerta a otro, interminable y doloroso, que no se borrará con el mero recuerdo en el que todavía hurgo porque no me resigno a su falta de llamadas telefónicas para reconvenirme por algún exceso izquierdista o embromarme por los de la izquierda talmúdica que tanto le apenaban. De la sorna y el desprecio con los que solía tratar a los del poder y la riqueza, me los reservo para mi personal uso en caso de emergencia.

No es el momento para la memoria remota, tampoco para la glosa académica o el juicio sobre una personalidad sobria a la vez que exuberante, recatada y calculadora en el mejor sentido del término, siempre dedicada al cultivo de la amistad y al cuidado celoso, a la vez que riguroso, de los amigos para quienes siempre hubo cariño sin concesiones pero también rigor en la discusión o el juicio intelectual, histórico o cotidiano.

De la Escuela de Economía a los reventones de Watteau, y luego a la convivencia en Londres y la London School of Economics, con los tercermundistas y gringos refugiados del *draft* americano, así como con los más que ortodoxos marxistas británicos que nos hacían rabiar a muchos pero que ya Carlos nos llevaba a escuchar con respeto. No pudo lograr lo mismo con las prédicas de los neoclásicos, interpretadas por el evangelio de lord Robbins o Harry Johnson, a quienes nuestro futuro gran profesor de economía política

leyó con atención sin caer en el culto de la opinión revelada. Más bien, es probable que de ahí venga su decidida cruzada por el estudio a fondo de la economía política moderna, que no podía sino ser el más severo estudio comparado de teorías y contextos, única manera de evitar que la teoría se torne doctrina y el contexto historia congelada.

Y a todo esto, regresó Charlie de Londres y se topó con una sociedad y una universidad asediadas por el terror vivido en 68 y vuelto a vivir en 71, lo que no podía sino cobrar su cuota de irracionalidad en los universitarios y de cerrazón en las izquierdas de entonces. No regateó nunca nuestro amigo inolvidable sus cuotas de solidaridad y entrega con los amigos y sus causas, aunque fuera ya, con lucidez, crítico decidido y cotidiano. De cómo sobrevivimos a tanta necesidad dentro de nuestras propias tribus y a tanto acoso y abuso de la autoridad estatal de entonces, mucho se podrá contar cuando con alguna calma hagamos el recuerdo de nuestros momentos de angustia y jolgorio vividos con Carlos.

Desde luego que no puedo negar que entre el teatro y la economía política no hay distancias ni disonancias que Charlie no pudiera salvar, porque al final de cuentas y cuentos, el teatro nos remite a los actores, y la economía política, la buena, la que cultivó y desarrolló Carlos todo su tiempo, no se entiende ni se enseña más que a partir del reconocimiento de que sus áridos o emocionantes territorios sólo tienen sentido por sus actores más que por supuestas leyes eternas.

Muchas cosas nos hacen coincidir a muchos en nuestro cariño por el amigo que en mala hora se fue. Dos me parecen pertinentes para esta entrega: que fue un hombre querido y querible, por cómo fue y por cómo nos ayudó a ser; y que, como nos lo dijimos todos aquel triste día, y nos lo seguimos diciendo cuando nos acercamos al terrible mundo de hoy, ¡cómo te vamos a extrañar, Charlie Boy!



Palabras de despedida

Carlos Rocés Dorronsoro llegó a El Colegio de México hace más de treinta años, cuando regresó de Inglaterra, donde realizó sus estudios de posgrado, luego de haber concluido los de licenciatura en la Escuela de Economía de la Universidad Nacional. De su trabajo como profesor pueden dar cuenta prácticamente todos los egresados de la maestría en economía, que él fundó con otros profesores en el Centro de Estudios Económicos y Demográficos y que consolidó al separarse el Centro de Estudios Económicos, para dejar en otro, el de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, esfuerzos más definidos y disciplinariamente encaminados, al tiempo que en el suyo, el de Estudios Económicos, se hacía lo mismo.

Quienes actualmente enseñan e investigan en este centro y se hacen cargo de la organización y marcha de los planes de estudio, lo recuerdan como profesor excelente y como su maestro, dedicado a impulsar y a mejorar el trabajo y la formación de los alumnos. Para fortuna nuestra, como institución de investigación y de educación superior, en El Colegio de México los profesores y estudiantes de otros centros y programas de estudios lo hemos apreciado en esa calidad de profesor y maestro, ya como colegas ya como alumnos, en cursos, seminarios y consultas. Y todavía más, en otras instituciones, Carlos Rocés deja igual recuerdo, pues su entrega a los demás en aquéllo en que podía ser útil sólo tuvo un límite: la condición de dar lo que efectivamente sabía que podía dar para bien de sus prójimos; es decir, el respeto a los demás, que comenzó y terminó con un evidente respeto a sí mismo. De esto dio abundantísimas pruebas incluso en los momentos en que la enfermedad lo acosó, pues no permitió que del malestar de ese acoso sufrieran los demás, así fuera como preocupación, y él mismo, preocupado y ocupado en mantenerse bien, para bien de cuantos le rodeábamos, dejó abierta la esperanza y se empeñó en destacar los proyectos y las posibilidades de nuevos cursos, de la ordenación y posible edición de los papeles de su padre y demás cosas que siempre trajo entre

manos; las dejó, en diciembre del año pasado, para luego de un descanso, que para todos, decía, era indispensable. El año entrante “ya veremos”.

Por esas fechas fue la última conversación que tuve con él y en la que expresó, además, su preocupación sobre problemas de su centro y de El Colegio en general, lo que él veía y sobre lo cual seguiríamos hablando al regreso de vacaciones. Si ya no fue posible beneficiarnos con la continuidad de su conversación, sí lo es acudiendo al diálogo con su memoria y ejemplo; con esa cualidad sobresaliente del respeto que siempre nos mostró, pues con Carlos Rocés fue posible estar de acuerdo. Por supuesto, y como con todos, en lo que se coincide y en aquello de lo que se participa; cuando no, por su autenticidad y bonhomía, en la posibilidad de estar de acuerdo en no estar de acuerdo, pues la claridad fue el presupuesto de su conversación.

En la memoria de sus compañeros está esa prueba de entrega al trabajo como colaborador en las tareas de la Coordinación Académica. Será difícil —imposible quizá— llevarla al extremo de exigencia que se impuso en cada detalle, pero ahí están las notas que ya con fatiga escribió para orientarnos en lo que estimaba central; y así, como quien sí quiere la cosa, la claridad con la que, sin dejar de hacerse cargo de lo negativo, de las situaciones ingratas y de las exageraciones que a veces tan irresponsablemente nos imponen y nos imponemos, saber ponderarlas, darles su lugar como algo inevitable que hay que enfrentar, para consagrar el afán y los esfuerzos a lo positivo. Así trató las cosas como profesor, como amigo y como colaborador, y así se trató a sí mismo, como persona, al hacerse cargo de su enfermedad. Tiempo habrá para el recuento de sus trabajos y sus días, debemos hacerlo. Por lo pronto, tenemos esta evidencia clara de una actitud que es ejemplo y recurso invaluable para todos los que tuvimos la fortuna de contar en nuestra existencia con la presencia y la colaboración de Carlos Rocés.

7 de enero de 2003

Homenaje a Carlos Roces

¿Cómo recuerdas a los amigos que se van así como se fue Carlos Roces, quien en las últimas semanas de 2002 se despidió de cada uno de nosotros sin decirnos que se iba? Me imagino que se calló lo que sabía desde la última revisión médica por pudor, porque era naturalmente discreto y celoso de su intimidad. Pero me han dicho que no quiso que sus amigos supiéramos lo enfermo que estaba para no angustiarnos. No puedo dudar de este último gesto de cortesía de Carlos, cuya noción de la amistad incluía toda una etiqueta de las emociones, y me consuela pensar que sabía lo mucho que lo queríamos y la falta que nos haría.

No hay amistades a primera vista. Se forman gota a gota como los ojos de agua en la montaña. Se llenan a lo largo del tiempo con palabras y gestos amables nacidos de la voluntad y de afinidades muchas veces implícitas pero perfectamente reconocibles, hasta que se instalan en el centro del corazón. Así me ocurrió con Carlos. A principios de los setenta me topé con él por primera vez en la sala de investigadores del viejo Colegio de México en la calle de Guanajuato. Nos sentábamos espalda con espalda, él corregía la traducción de un texto de David Ricardo y yo preparaba mi tesis de licenciatura. Coincidíamos por la tarde; me llamaba la atención el cuidado con que antes de sentarse a trabajar disponía sobre la mesa cada uno de sus libros, sus notas y un cenicero pequeñito de barro negro, pintado con figuras de colores, que parecía un *souvenir* haitiano. Carlos rompía a la mitad cada cigarro, con el pretexto de que así fumaba menos; en el cenicero acomodaba pulcramente las mitades de cigarros y las colillas que acumulaba a lo largo de la tarde, y cuando estaban a punto de desbordarse las vaciaba con parsimonia en el basurero, y regresaba a sentarse para romper un nuevo cigarro, y retomar su trabajo. Para concentrarse fumaba, mientras con la mano izquierda se alisaba el pelo de la sien, en un gesto muy suyo que después le vi repetir cientos de veces cuando reflexionaba su respuesta a una pregunta, a un argumento que no lo convencía del todo, a la interpretación de una situación difícil en El Colegio, en el país o en el mundo.

Cuando lo conocí estaba recién llegado de sus estudios de posgrado en Londres. Yo, cada vez que lo veía, parafraseaba en mi memoria el archisabido verso de Rubén Darío: estoy ante "el mínimo y dulce...". Pero Carlos nada tenía de fraileSCO, sólo que era tan afable que se me imponía una evocación que en forma entonces intuitiva recuperaba una generosidad que no era afectación y que con los años pude constatar que era su mayor virtud, más que eso, era realmente un rasgo de carácter. Esa misma generosidad hacía de él un amigo entrañable, pero también un excelente maestro de economía, un académico profundamente comprometido con su institución, un colega excepcional. En aquellas tardes en la sala de investigadores de Guanajuato 125, nos pedíamos uno al otro permiso para levantarnos o para sentarnos en nuestro respectivo lugar, o nos disculpábamos por echar para atrás sin previo aviso el respaldo de la silla. A mí me sorprendía que, a pesar de ser ya maestro e investigador, Carlos se mostrara siempre dispuesto a responder a mis preguntas acerca de lo que hacía él y hasta de lo que hacía yo. Desde entonces me conquistó esa manera tan suave que tenía de acercarse y de escuchar a la gente y que después le vi tantas veces cuando tenía que atender las cuitas académicas con que recargábamos sus responsabilidades administrativas en El Colegio. Pero Carlos sabía escuchar todo tipo de historias, las divertidas y las no tanto, las personales y las profesionales; te miraba con atención y respeto, jamás te interrumpía, y cuando terminabas de hablar, respondía con cautela, buscaba reunir el mayor número posible de elementos de juicio, contemplar todos los puntos de vista, mirar los diferentes ángulos de las hipótesis o los problemas que le presentaras. A veces recurría a su buen humor para aligerar la atmósfera y aclarar las ideas. Evitaba las reacciones impulsivas. Normalmente te decía que en ese momento no te podía responder, que lo dejaras pensar y que luego te diría. Y, fiel a su compromiso, regresaba horas o días después para retomar el tema y darte una opinión fundada y tan equitativa como le fuera posible.



...de la vida y el mundo que nos rodea. En este sentido, el arte es una forma de comunicación que nos permite expresar nuestras emociones y sentimientos. El arte es una forma de vida que nos ayuda a comprender el mundo que nos rodea y a mejorar nuestra calidad de vida.

...de la vida y el mundo que nos rodea. En este sentido, el arte es una forma de comunicación que nos permite expresar nuestras emociones y sentimientos. El arte es una forma de vida que nos ayuda a comprender el mundo que nos rodea y a mejorar nuestra calidad de vida.

Carlos hizo de la docencia la piedra angular de su carrera académica, en perjuicio de su obra de investigación. Cuando se integró definitivamente al entonces Centro de Estudios Económicos y Demográficos de El Colegio, emprendió con Adrián Lajous la reforma del programa de maestría en economía, con el fin de modernizarlo y dar mayor autonomía a esta disciplina dentro del mismo CEED. Juntos formaron una energética mancuerna que empezaron a armar desde sus años de estudiantes en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, y que también activaron en la División de Estudios Superiores de la misma escuela, buscando sumar y coordinar allí los esfuerzos y las experiencias del proyecto del CEED. Esta estrechísima colaboración fue también el pilar de una cálida amistad que se mantuvo aun después de que sus caminos se separaron. Algunos de los egresados más distinguidos de las generaciones de la maestría en economía de El Colegio de esos años recibieron el estímulo de su entusiasmo y de su confianza. Carlos Rocés se convirtió después en el apoyo fundamental del Centro de Estudios Económicos, del que fue coordinador y director, antes de asumir las funciones de coordinador académico de El Colegio.

Rocés era un profesor inteligente y concienzudo, conocedor de las materias que impartía: macro y microeconomía, economía política. Preparaba sus clases con una extraordinaria disciplina. Tenía una gran capacidad pedagógica que se traducía en claridad en la exposición y en la explicación, así como en una perseverancia única en el trabajo con sus estudiantes y en el empeño en ayudarlos, cualidades todas que solamente poseen los grandes maestros. Siempre estaba dispuesto a darles más de su tiempo, a remediar sus deficiencias, ampliar sus razonamientos, hasta que estaba bien seguro de que había resuelto sus problemas. Forman legión los académicos y funcionarios que recibieron sus lecciones y que le deben las bases más sólidas de su carrera profesional. Cada curso era para él un grave compromiso que cumplía escrupulosamente; el éxito de sus clases y su dedicación hicieron de Rocés el maestro que nos disputábamos al inicio de cada semestre en El Colegio y con otras instituciones. En la docencia encontró y desarrolló la vocación que naturalmente nacía de su generosidad. Mezquindad no rima con magisterio.

Conocí poco los otros mundos que Carlos habitó, pero puedo muy bien imaginarlo en ellos viviendo la lealtad que le era característica, así como su sensibilidad a los detalles y su delicadeza de trato. Muchas veces, en nuestras largas conversaciones en las horas muertas del atardecer en la sala de profesores de El Colegio en el Ajusco, me hablaba de su familia, de su pasión por el teatro, por sus antigüedades, por sus viejos amigos de la Academia Hispano-Mexicana y del Colegio Madrid, por ese mundo del exilio español cuyas nostalgias

compartía enternecido, aunque siempre me pareció que no se reconocía del todo en ese pasado. Me hablaba con cariño de sus gatos o de sus vecinos y de sus teporochos del edificio Condesa, hasta que los sismos de 1985 expulsaron a la familia Rocés de esos rumbos hacia Tlalpan, y Carlos asumió con conmovedora dedicación el cuidado de sus padres.

Rocés también me ayudaba a entender las novelas de Jorge Semprún, de Juan Marsé, pero nos gustaba reírnos de la España del cascabel y la pandereta mucho más presente que la otra en mi infancia. Nuestro gusto común por los arreglos, las actitudes, las decoraciones y las situaciones *kitsch*, era la base de una deliciosa complicidad. Mirábamos con idéntica y divertida curiosidad las viejas tarjetas postales coloreadas de Sevilla que se vendían durante el franquismo, que ahora son objeto de colección, y que más parecían el retrato de una vieja ojerosa y pintada, que la ciudad soleada y alegre que promovían las agencias de viajes. Nos entreteníamos hablando de nuestras respectivas y poderosas madres, comparábamos notas, encontrábamos semejanzas que desataban nuestros recuerdos, adivinábamos el final de anécdotas parecidísimas. Y nos consolábamos mutuamente, cuando aceptábamos resignados lo mucho que las queríamos.

Creo que Carlos quería ser un hombre justo. Una condición difícil de alcanzar en la tierra del amor propio y de la arrogancia que es el mundo académico, donde de más en más se trata de fincar el triunfo de una razón en el número de aliados más que en el peso de los argumentos. Estoy convencida de que Carlos fue un hombre justo, y la prueba de ello es que con el tiempo adquirió una incontestable autoridad moral entre nosotros sus amigos y sus colegas; era un referente para todos, un aval de equilibrio. Por eso cada vez que nos encontrábamos en un atolladero grande o pequeño, recurríamos a él. Le confiábamos el problema, y saber que estaba en sus manos nos tranquilizaba. No era seguro que lo resolviera, pero, al menos, el hombre elegante que era sabía tratarlo con cuidado y con una enorme discreción: no lo haría más grande, tampoco lo estallararía, en más de un caso lograba contenerlo. Muchas veces eso bastaba para desactivar el problema y devolverle una dimensión razonable. Esta paciencia infinita, esta disposición a escuchar a todos y tratar de entender a cada uno, muchas veces lo ponía en aprietos, le generaba dilemas que lo angustiaban, pero nunca renunció a ellas.

Cuando un amigo como Carlos se va, se lleva siempre un poco de lo mejor de uno mismo. Por esa razón, en su funeral a todos los presentes nos faltaba algo, nos veíamos un poco perdidos, un mucho desamparados, y nos mirábamos unos a otros sin saber bien a bien qué decir. Pero estoy segura de que cada uno de nosotros hubiera podido recuperar de Carlos más de un recuerdo que agradecer.



El profesor Fernando Carmona felicita a Carlos Rocés después de su examen profesional en la Escuela Nacional de Economía, 1966.

Hacia las “cartas completas” de Alfonso Reyes

*En homenaje a Carlos Roces, como Reyes,
gran caballero a pesar de lo chaparrito.*

Recientemente aparecieron dos nuevos epistolarios de Alfonso Reyes. Uno fue publicado por el Breve Fondo Editorial y se titula *El mar en una nuez*,¹ nombre que viste a la correspondencia sostenida con el guatemalteco-mexicano Luis Cardoza y Aragón, de 1930 a 1958. Esta correspondencia fue ubicada, transcrita, anotada y prologada por Alberto Enríquez Perea. El libro incluye como apéndice un par de textos de homenaje mutuo, de Cardoza y Aragón a Reyes, y viceversa, de don Alfonso a Cardoza. El otro fue publicado por el Fondo de Cultura Económica, y contiene la correspondencia con Enrique González Martínez, sostenida entre 1909 y 1951. Este libro lleva el título de *El tiempo de los patriarcas*, y fue compilado, introducido y espléndidamente anotado por Leonardo Martínez Carrizales, un destacado conocedor de la vida y obra de Reyes.² Se trata de una edición mucho más amplia y rigurosa que la publicada en 1953 y 1954 por la revista *Ábside*.³

El primer trabajo es un producto más de la aventura en que se embarcó Alberto Enríquez Perea hace ya algunos años: publicar cuanto epistolario de Reyes pudiera. A la fecha lleva editadas, por lo menos, las cartas cruzadas por don Alfonso con Daniel Cosío Villegas, José Gaos, Silvio Zavala y Gusta-

vo Baz, entre los epistolarios amplios;⁴ y con Jesús Silva Herzog, Fernando de los Ríos, Antonio Rodríguez Luna y ahora éste, con Cardoza y Aragón, entre los epistolarios reducidos.⁵ Además, a la fecha Enríquez Perea prepara el epistolario alfonsista con el poeta sevillano Luis Cernuda. Tal parece que en términos numéricos ya rebasó, o al menos ya rivaliza, con el otro gran editor de las cartas de Reyes: el rusocanadiense Serge Zaïtzeff, responsable, hasta ahora, de las sostenidas con Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Genaro Estrada, Rafael Cabrera, Carlos Pellicer y Artemio de Valle-Arizpe,⁶ entre los mexicanos, y con Germán Arciniegas, Roberto Giusti y Juana de Ibarbourou, entre los extranjeros.

Dejemos las comparaciones aparte y mejor planteemos dos cuestiones: ¿cuál será el futuro, en términos editoriales, de los epistolarios de Alfonso Reyes? y ¿cuál es la importancia específica de estas correspondencias con González Martínez y Cardoza y Aragón? Respecto a lo primero, creo que hay tres tipos de epistolarios alfonsistas: fundamentales, particulares y marginales. En efecto, hace unos años co-

⁴ Los epistolarios con Cosío Villegas, Gaos y Zavala se titulan, respectivamente, *Testimonios de una amistad*, *Itinerarios filosóficos* y *Fronteras conquistadas*, y fueron publicados todos por El Colegio de México entre 1998 y 1999. El de Baz se titula *Inteligencia española en México. Correspondencia Alfonso Reyes / Gustavo Baz (1939-1958)*, compilación, presentación y notas de Alberto Enríquez Perea, Madrid, Fundación Histórica Tavera, 2001.

⁵ *El mar en una nuez. Correspondencia entre Luis Cardoza y Aragón y Alfonso Reyes, 1930-1958*, compilación, presentación y notas de Alberto Enríquez Perea, México, Breve Fondo Editorial-Conaculta, Fonca, 2002.

⁶ Sus títulos son, respectivamente, *Recados*, *De casa a casa*, *Con leal franqueza*, *Alfonsadas*, *Correspondencia* y *Cortesía norteña*, editados todos por El Colegio Nacional en 1987, 1990, 1992-93, 1994, 1997 y 1998. Como excepción, el de Pellicer se lo debemos a El Equilibrista y a Conaculta.

¹ El título es un guiño a la brevísima historia de México de Reyes, de un par de decenas de páginas, guiño a su vez a una frase de Shakespeare, sobre “el mundo en una nuez”.

² Alfonso Reyes / Enrique González Martínez, *El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952*, compilación, estudio introductorio y notas de Leonardo Martínez Carrizales, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

³ En 1953 y 1954 la revista *Ábside*, de los hermanos Alfonso y Gabriel Méndez Plancarte, publicó, parcialmente, el epistolario entre González Martínez y Alfonso Reyes. Véanse los volúmenes xvii-3, pp. 283-308; xvii-4, pp. 439-462 y xviii-1, pp. 89-108.



En El Colegio de México, 1950.

menzamos por conocer sus epistolarios “fundamentales”. Por ejemplo, el que contiene la correspondencia con Pedro Henríquez Ureña, su maestro y amigo, con cartas que nos describen y explican la situación cultural que imperaba en México a finales del Porfiriato y a comienzos de la Revolución, en particular lo relativo al célebre grupo del Ateneo de la Juventud, en el que los dos fueron figuras prominentes.⁷ La correspondencia con Henríquez Ureña sirve sobre todo para conocer los problemas existenciales del joven Reyes y el proceso mediante el cual Reyes se hizo un estudioso de la literatura y la lingüística, un erudito. Igualmente importante es el epistolario con Genaro Estrada, voluminoso por constante y prolongado, por medio del cual seguimos puntualmente la carrera diplomática de Reyes, pues Estrada era su jefe, consejero y protector; estas cartas sirven también de inventario a la literatura mexicana de esos años, pues mediante ellas el Reyes ausente se informaba de las novedades librescas del país, gracias al amigo bibliófilo.⁸ Acaso el último epistolario “fundamental” sea el sostenido con Julio Torri, su amigo temprano y para siempre: sus cartas son una historia dialogada de la literatura mexicana de la primera mitad del siglo XX, si bien su conversación alcanza también otras literaturas, especialmente la española.⁹ De hecho, un mérito más que debemos abonarle a Reyes, agregable a nuestras ya inmensas deudas con él, es que gracias a su prolongada estancia en España, de 1914 a 1924, hizo conocer entre sus muchos amigos mexicanos a los escritores españoles de la época, en parte a los de la generación del 98, pero sobre todo a los de las generaciones del 14 y del 27.¹⁰ La literatura española moderna llegó a México dentro de los sobres y paquetes remitidos por Alfonso Reyes.

Contamos también con varios epistolarios “particulares”, por lo general reducidos, o con grandes intermitencias, pero que sirven para iluminar algún tema significativo en la vida y obra de Reyes. Pienso, por ejemplo, en su correspondencia con Martín Luis Guzmán, cuya amistad estuvo siempre ensombrecida por la desconfianza y por un amargo

recuerdo: Martín Luis fue el intermediario del ofrecimiento que el presidente Madero hizo a Alfonso Reyes, a mediados de 1912, de la libertad de su padre, el general Bernardo Reyes, a cambio de que Alfonso consiguiera el retiro de su progenitor a la vida privada. Alfonso se negó a mediar, alegando que no tenía influencia alguna sobre su padre, quien poco después se alzaría en armas, muriendo en el intento. Alfonso Reyes nunca lamentó suficientemente su temor y su desidia: el precio fue la muerte de su padre al iniciar el “cuartelazo de febrero” de 1913.¹¹

Respecto a las cartas con Vasconcelos, amigo temprano de quien lo separaron la política, sus muy distintas nociones sobre la literatura y la personalidad del propio Vasconcelos, podemos decir que gracias a algunas de esas cartas sabemos de la posibilidad de que Reyes hubiera regresado de su exilio al país, hacia 1920, para ser subsecretario en Educación Pública con Vasconcelos. Aunque temeroso y dubitativo, Reyes estuvo dispuesto, pero Vasconcelos luego le escamoteó el ofrecimiento.¹² Todavía no dejo de preguntarme cómo hubiera evolucionado la educación pública del país con Reyes involucrado en ella, al tiempo que me pregunto qué hubiera sido de la literatura mexicana de la primera mitad del siglo sin él. El solo pensarlo me produce escalofríos, aunque sospecho que Reyes hubiera terminado, como la gran mayoría, por alejarse de Vasconcelos, genio insoportable. A su vez, las cartas con Cosío Villegas, Gaos y Zavala permiten asomarnos a la historia de los primeros veinte años de El Colegio de México, principal ocupación de don Alfonso desde que regresó al país, hacia 1938, hasta su muerte.¹³ Los epistolarios “particulares” también pueden servir para iluminar algún aspecto de la vida y obra del otro correspondiente. Como ejemplo pienso en el epistolario con Octavio Paz,¹⁴ en el que se hace evidente que la primera edición de *Libertad bajo palabra*, seguramente el poemario más importante de nuestro siglo XX, fue sufragada por su autor, con Alfonso Reyes como diligente gestor.

El epistolario entre Reyes y González Martínez puede resultar difícil de clasificar, pues si por su duración y volumen podría ser considerado un epistolario “fundamental”, la

⁷ Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914*, editado por José Luis Martínez, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

⁸ *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, editado por Serge Zaitzeff, México, El Colegio Nacional, 3 vols., 1992-1993.

⁹ Alfonso Reyes / Julio Torri, *Epistolarios*, editado por Serge Zaitzeff, México, UNAM, 1995.

¹⁰ Bárbara Aponte, *The Spanish friendships of Alfonso Reyes*, Austin, University of Texas, 1964 (tesis doctoral). También consúltese el libro de Héctor Perea, *España en la obra de Alfonso Reyes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

¹¹ Martín Luis Guzmán / Alfonso Reyes, *Medias palabras. Correspondencia 1913-1959*, edición, prólogo, notas y apéndice de Fernando Curiel, México, UNAM, 1991.

¹² *La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*, editado por Claude Fell, México, El Colegio Nacional, 1995.

¹³ Véase la nota 4.

¹⁴ *Correspondencia. Alfonso Reyes / Octavio Paz, 1939-1959*, edición de Anthony Stanton, México, Fundación Octavio Paz-Fondo de Cultura Económica, 1998.



México, 1924. Fotografía de Ramos.

verdad es que la cariñosa y prolongada amistad entre Reyes y González Martínez nunca alcanzó el nivel de intimidad que exige un epistolario de este tipo. Acaso influyó la diferencia de edades: 18 años mayor el jalisciense que el regiomontano. Por eso lo ubico como epistolario "particular", ilustrativo en tres o cuatro temas. El primero, la permanente admiración de Reyes a Enrique González Martínez como poeta; el segundo, la existencia de algunos miembros mayores dentro del Ateneo, como González Martínez; el tercero, su distanciamiento cuando ambos compitieron por la representación mexicana en Madrid; por último, la admiración que la prosa ensayística de Reyes suscitó siempre en González Martínez. Por último, como bien lo vio su editor, las cartas cruzadas entre ambos eran la correspondencia entre los dos principales "patriarcas", respetados y generosos, nunca caciquiles, de la literatura mexicana de la primera mitad del siglo xx.

En cuanto a los epistolarios "marginales", puede decirse que son muchísimos, y que todavía hay varios inéditos en espera de editor. Sus principales características son estar conformados por pocas cartas, breves y carentes de intimidad. Algunos son, en rigor, compendios de recados y de acuses de recibos de libros o de noticias bibliográficas. Dentro de este tipo de intercambios epistolares destacan los sostenidos con Rafael Cabrera, escritor más refinado que pródigo, y amigo y compañero de Reyes en el Ateneo de la Juventud; los sostenidos con Antonio Castro Leal y Manuel Toussaint, ambos miembros del grupo cultural que siguió a éste; los que tuvo con Artemio de Valle-Arizpe, Carlos Pellicer y Jesús Silva Herzog, o incluso las cartas que intercambió con Jaime Torres Bodet.¹⁵

Reyes también cuenta con otro tipo de epistolarios, dependientes de la geografía. En efecto, su reconocida universalidad literaria y su cosmopolita biografía explican el número enorme de destinatarios y remitentes extranjeros. Su correspondencia internacional es reflejo, en buena medida, de su trayectoria político-diplomática. Así, destacan los epistolarios con el hispanista francés, experto en Góngora, Raymond Foulché-Delbosc.¹⁶ Obviamente, sobresalen las cartas con sus numerosos amigos y colegas españoles, desde Azorín hasta Pedro Salinas, pasando por Manuel Altolaguirre, Jorge Guillén, Juan Ramón Jiménez, Ramón Menéndez Pidal y

¹⁵ *Casi oficios. Cartas cruzadas entre Jaime Torres Bodet y Alfonso Reyes, 1922-1959*, editado por Fernando Curiel, México, El Colegio Nacional-El Colegio de México, 1994.

¹⁶ La correspondencia entre Alfonso Reyes y Raymond Foulché-Delbosc fue publicada en la revista *Ábside*, entre 1955 y 1957. También consúltese el libro de Paulette Patout, *Alfonso Reyes y Francia*, México, El Colegio de México, 1990.

José Moreno Villa,¹⁷ entre otros. La correspondencia con escritores argentinos también es numerosa, como lo prueban sus cartas con Victoria Ocampo y con Roberto Giusti.¹⁸

Asimismo, parte de su correspondencia internacional proviene de la posición central que tenía México en la cultura latinoamericana, ya fuera por la experiencia educativa y cultural de Vasconcelos, ya por la pujanza editorial del Fondo de Cultura Económica. Como ejemplos irrefutables contamos con sus epistolarios con Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Germán Arciniegas, con varios escritores cubanos¹⁹ y ahora el nuevo con Luis Cardoza y Aragón. Es incuestionable que su universalista cultura literaria, sus labores de traductor o prologuista y su fama de consejero generoso y de gestor influyente en los medios literarios y editoriales, fueron causa de que su correspondencia se abultara y se esparciera por varios lugares del mundo.

La correspondencia sostenida con Luis Cardoza y Aragón pertenece, claramente, al tercer tipo de epistolarios, a los "marginales". ¿Cuál fue la razón de publicarla, además de acercarnos al conocimiento de las "cartas completas" de Reyes? ¿Tiene algún valor que la justifique? ¿Alguna importancia específica? ¿Qué nos aporta para el conocimiento de don Alfonso o del mundo cultural mexicano del segundo tercio del siglo xx? Resumen: Reyes y Cardoza se conocieron en París, a mediados de la década de los veinte, siendo el primero un diplomático responsable, un escritor reconocido y un hombre ya maduro, mientras que el otro era un joven disipado e impetuoso, aspirante a poeta. Compartieron amigos, tertulias y un par de "salidas". Nada íntimo: más que amigos fueron contertulios, y lo fueron brevemente. La vida pronto los separó, cuando Reyes se fue a un periplo diplomático

¹⁷ Algunas de estas cartas pueden encontrarse en el *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, números 13-14, mayo de 1993. Otra selección puede encontrarse en el trabajo de Bárbara Aponte, *The Spanish friendships of Alfonso Reyes*, op. cit. Aurora Díez-Canedo se encuentra ordenando la correspondencia entre Reyes y su abuelo, Enrique Díez-Canedo, a quien don Alfonso llamara "el amigo perfecto".

¹⁸ Alfonso Reyes / Victoria Ocampo, *Cartas echadas. Correspondencia, 1927-1956*, editado por Héctor Perea, México, UAM, 1983. Consúltese también el libro *Una amistad porteña. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Roberto F. Giusti*, editado por Serge Zaïtzeff, México, El Colegio Nacional, 2000.

¹⁹ Consúltese *Cartas a La Habana. Epistolario de Alfonso Reyes con Max Henríquez Ureña, José Antonio Ramos y Jorge Mañach*, editado por Alejandro González Acosta, México, UNAM, 1989. También véanse *Tan de usted, epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes*, editado por Luis Vargas Saavedra, Santiago de Chile, Hachette, 1991, así como *Algo de la experiencia americana. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Germán Arciniegas*, compilado por Serge Zaïtzeff, México, El Colegio Nacional, 1998; y *Grito de auxilio. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Juana de Ibarbourou*, compilado por Serge Zaïtzeff, México, El Colegio Nacional, 2001.



Con su esposa e hijo, Madrid, 1918.

Colgado de Misiones, 1990.

sudamericano de más de diez años, pasando Cardoza ese tiempo sin oficio ni residencia estables. Sin embargo, a partir de 1944 se reencontraron en México, donde Cardoza se exilió luego del derrocamiento del presidente guatemalteco reformista Jacobo Arbenz. Los dos permanecieron en México hasta su muerte, acaecidas en 1959 la de Reyes y en 1992 la de Cardoza.

La relación entre Reyes y Cardoza fue siempre dispareja, más vertical que horizontal. La primera carta data de 1930, y durante los primeros ocho años Reyes no contestó ninguna de las misivas de Cardoza. Es más, entre 1945 y 1954 no parecen haber cruzado carta alguna. Se intercambiaron 35 misivas en 29 años, con un promedio de poco más de una por año. Sin embargo, lo cierto es que se trata de recados más que de cartas, siendo buena parte de ellos meras líneas de cortesía de Cardoza a Reyes para felicitarlo al inicio de cada nuevo año. Más aún, entre 1955 y 1957 Cardoza fue becario de El Colegio de México, con el compromiso de escribir un libro sobre José Clemente Orozco, por lo cual contamos con varias solicitudes de informes de actividades, cumplimentadas puntual y brevemente. De hecho, de las 35 piezas editadas por Enríquez Perea, diez —casi la tercera parte— están relacionadas con ese nombramiento. Esto es, Reyes y Cardoza tuvieron una relación escasa, tangencial, lo que se refleja en su correspondencia: espaciada, breve, sin cartas “sabrosas” por sus “chismes” o sus confesiones. Es una correspondencia hecha a base de recados, algunos incluso de carácter burocrático, administrativo; otros son meros agradecimientos por el obsequio de algún libro.

Es incuestionable que esta correspondencia nos muestra que entre Reyes y Cardoza había más diferencias que simpatías. Sin embargo, para un humanista como Reyes, “diferencias” no era sinónimo de animosidad o enemistad. Lo mismo podría decirse de Cardoza, quien aceptó que “para estimarlo mejor” subrayaba sus diferencias con Reyes. Las diferencias eran reales y totales: ideológicas, intelectuales, existenciales y socioeconómicas: Reyes nunca mostró interés alguno en la literatura poética de Cardoza —su mayor elogio lo mereció un análisis sociohistórico sobre Guatemala—,²⁰ y no es ni secreto ni vergonzoso que Reyes tuviera poco aprecio por las artes plásticas, al margen de su amistad con pintores como Orozco, Rivera y Zárraga, o como Moreno Villa y Antonio Rodríguez Luna. Una muestra palpable de sus diferencias es que El Colegio no sólo no publicó el libro sobre Orozco para el que se le contrató, sino que antes

había rechazado un manuscrito que Cardoza propusiera, a finales de 1941, con ensayos sobre pintura mexicana y poesía. Se hubiera titulado *Elogio de la embriaguez*. El argumento fue contundente: no se publicaría pues no era un libro de carácter “universitario”.²¹

Las varias diferencias habidas y las obvias distancias entre Reyes y Cardoza no hacen inútil, en modo alguno, la publicación de su correspondencia. De hecho, los epistolarios “marginales” sirven para conocer el conjunto de las “redes” literarias y sociales que Reyes tenía. Aunque nos descubren asuntos secundarios, nos permiten conocer mejor su vida y obra. Por ejemplo, estos materiales nos dan ciertos atisbos sobre la historia de El Colegio de México, institución por aquel entonces sin docencia fija, reducida a la libre redacción de libros por sus investigadores y becarios. La flexibilidad era total: Cardoza fue becario de 1955 a 1957, con el compromiso de entregar a la imprenta un libro sobre Orozco, aunque lo cierto es que éste no fue publicado por El Colegio sino por la UNAM, en 1959, y luego por el Fondo de Cultura Económica.²²

A mi modo de ver, el aspecto más valioso de este libro es haber hecho accesibles, juntándolas, las opiniones de Cardoza sobre Reyes. Desde muy temprano Cardoza se embelesó con su *Ifigenia cruenta*; le parecía “lo mejor que se ha escrito en español desde hace muchos años”; superior “a cualquier libro de Darío”; “un gran libro en cualquier gran época de no importa qué literatura”. Para mí, lo importante del atinadísimo juicio de Cardoza sobre Reyes es que se refiere tanto al escritor como al ser humano. Para comenzar, Cardoza, hombre pleno, intenso y mundano, entendió que Alfonso Reyes era mucho más que un hombre culto, que un ser libresco. Cardoza entendió, como hombre sabio y experimentado que era, que Reyes era un hombre que venía “de muchas tormentas”. Para Cardoza era clarísimo: Reyes “no ha vivido solo con la inteligencia”; lo determinante en él es que tiene “una hondísima experiencia vital detrás de todas sus sílabas”. Su descripción es exactísima. Cardoza dice que la vida y las “tempestades del espíritu” han “agotado” a Reyes, pero que al resistirlas “ha hecho que sus raíces se precipiten hasta las vetas más profundas”.

Las páginas en que Cardoza plasma su evaluación literaria de Reyes hacen de este librito una auténtica joya. Car-

²¹ En cambio, Alfonso Reyes ofreció a González Martínez que El Colegio de México publicaría sus obras completas. Véanse las cartas números 88 y 89. Fueron las últimas que cruzaron. La muerte de González Martínez truncó el proyecto.

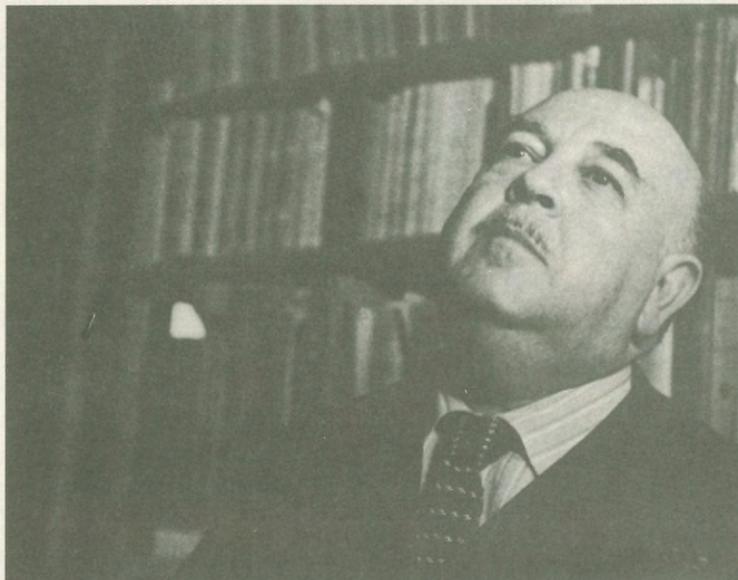
²² Luis Cardoza y Aragón, *Orozco*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

²⁰ Luis Cardoza y Aragón, *Guatemala: las líneas de su mano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

doza encuentra en la literatura de Reyes, tanto en su poesía como en su prosa, “gracia, emoción, rigor, nitidez, invención y conocimiento”. Le admira su “donaire”, la “seriedad de su juego” y la “alegría de su seriedad”, su desenfado, su agudeza, su “diáfana sabiduría”. Para Cardoza, don Alfonso era “exacto y entrañable”, “humanísimo”, “con madurez juvenil” y con “juventud madura”. Lo encuentra siempre lúcido y gozoso, con una curiosidad insaciable, de intereses tan amplios como los de Montaigne, y con un espíritu tan “quieto y sereno” como el de Goethe. Cardoza dice, con gran agudeza, que su erudición es la única que no pesa sino que aligera.

¿Cuál es el futuro editorial de las cartas de Alfonso Reyes ahora que ya contamos con las que cruzó con Enrique González Martínez y con Luis Cardoza y Aragón? Dado que puede suponerse que ya están publicados todos los

epistolarios “fundamentales”, así como los “particulares”, con excepción, tal vez, del de Enrique Díez-Canedo, parece llegado el momento de intentar una edición “completa” de sus cartas, de preferencia en algún formato electrónico, organizadas dichas cartas, con sus respuestas, en forma rigurosamente cronológica. Paralelamente, convendría hacer un listado, organizado también de manera cronológica, con las compras y pedidos que hizo a sus librereros, principalmente a don León Sánchez Cuesta, de cuyo negocio se conserva el archivo en Madrid. Mediante dichas solicitudes sabremos lo que Reyes deseaba leer o consultar, o incluso simplemente poseer. Es evidente que este conocimiento es imprescindible para realizar una más verosímil biografía intelectual de Reyes. Sólo así tendremos la visión completa de sus “redes”, sus ocupaciones y sus preocupaciones. Sólo así podremos reconstruir toda su vida, la que pasó leyendo y escribiendo.



En la Capilla Alfonsina, 1944. Fotografía de Kati Horna.

Los trajes de Charly

Carlos Rocés

No sólo era el hombre mejor vestido de El Colegio de México, sino del teatro mexicano. A Carlos Rocés ni remotamente se le podía aplicar aquello de “azadón de palo en casa del herrero”, un rasgo común a los diseñadores de vestuario que, aprovechando el desparramo propio del medio teatral y las permanentes prisas del oficio, sólo lucen sus mejores galas la noche del estreno. Rocés vestía de estreno cotidianamente; lograba potenciar su figura menuda con telas y colores espléndidos. Pero más que sentirse observado, su aproximación a los otros partía de su increíble capacidad de observación. Él sabía que detrás de una ropa no está la moda —“una veleidat inevitable en la vida y despreciable en el teatro”, me decía este buen amigo—, detrás de la ropa está un carácter, un alma, el drama humano que se manifiesta en pequeños rasgos exteriores.

Sabíamos que Carlos era hijo del traductor de Hegel, que era un notable economista y coordinador académico del Colmex. Esas credenciales, para un diseñador de vestuario, eran tan extrañas como oír, en un medio de científicos sociales e historiadores, que Rocés no sólo era un apasionado de las tablas sino uno de los teatreros más admirables de nuestro país. La extrañeza de unos y otros podría encontrar una respuesta si dijera que Carlos vivía el teatro con la certeza de que es una vía de conocimiento, un arte con preguntas sofisticadas y grandes aspiraciones creativas.

La posición de Rocés en el Colmex le permitió escoger únicamente aquellos proyectos donde encontraba una aspiración artística y que, a su vez, coincidían con sus preocupaciones personales. Estuvo cerca de Marta Verduzco, Salvador Flores, Hugo Hiriart, Guita Schyfter, Ludwik Margules, Laura Almela, Gabriel Pascal, Sabina Berman e Hilda Valencia, entre otros. Y no olvidemos a sus colabora-

dores más directos, al maestro Emigdio Fernández, Matilde, Esquivel, sastres, costureras y peluqueros. Todos comprobamos su don de gentes, esa extraordinaria capacidad suya para darse a querer, atributos que pronto lo llevaban a mezclar el diálogo artístico con la amistad.

Rocés entendía el diseño de vestuario como parte integral de una puesta en escena. El color de una tela, su caída y su corte tenían que contribuir a la construcción del personaje y, en última instancia, a destacar la presencia del actor y sus emociones en un espacio determinado. Como pocos diseñadores en México, y esto hacía de su trabajo algo ejemplar, pensaba en el color de la escenografía, en la luz, en las formas; dibujaba hasta el cansancio la imagen de los personajes y hacía investigaciones iconográficas exhaustivas para encontrar, en la pintura o en la fotografía, imágenes que pudieran inspirar su trabajo y el del director.

Una puesta en escena es una visión del mundo que se levanta sobre ideas y conceptos. Pero la abstracción se traduce en materiales, emociones, relaciones humanas, figuras en el espacio y sistemas de producción. En los años que llevo en este oficio, sólo he conocido a dos o tres diseñadores de vestuario como Carlos Rocés, un hombre con talento y capacidad intelectual, capaz de aclarar ideas de dirección y de discutir con los otros diseñadores el destino general de una puesta en escena.

Es muy común que un actor coloque su inseguridad, en tiempos previos a un estreno, en su apariencia, en la ropa que llevará puesta. Más aún cuando en México puede atravesarse una producción al punto de que los vestuarios lleguen el día del estreno. Trabajar con Rocés era una garantía. Él era el primero en querer ver su vestuario completo el mayor tiempo posible, para corregir y darle al actor tiempo

suficiente de convertir la ropa en parte de su naturaleza. Carlos vivía con absoluta pasión el proceso de un montaje, conversaba con los actores y sabía de sus miedos, tanto que era capaz de absorber sus inseguridades para aliviarlas. “Que no tengo tiempo para equis cambio de ropa”, llegaba Rocés y se ubicaba en el desahogo, cronómetro en mano, o experimentaba en carne propia, antes del ensayo, dicho cambio. “Que la bastilla del abrigo me raspa”, y nuestro diseñador era capaz de ponerse un abrigo en el que nadaba y moverse en el escenario hasta descubrir cuál era el origen del problema. “Que no ha salido el dinero de la producción”, y Rocés empezaba el trabajo por su cuenta, y si algo no quedaba como él o el director habían soñado, venían más pruebas, hasta el cansancio, hasta la náusea en un proceso obsesivo de prueba y error, hasta repetir esa frase tan suya y que le oír tantas veces: “debe quedar como queremos”.

Era un privilegio trabajar con alguien así. Un enamorado de las telas, los botones, colores, texturas, conocedor de la alquimia necesaria para lograr que una tela de toalla corriente, de color anaranjado, se convirtiera, gracias a la acción del rojo óxido y del gris, y con una buena exprimida de por medio a cuatro manos, en una bata casi aristocrática. Su mayor virtud consistía en su capacidad para materializar ideas de dirección.

Para sus amigos de teatro el doctor Rocés era Charly, uno de los colegas más queridos y entrañables que tuve en lo que va de mi carrera. Como asistente de dirección estuve cerca de él en otros procesos. De manera directa, trabajé con Carlos el vestuario de dos de mis puestas en escena —*La lección de anatomía* y *El atentado*— y en la última —*Belice*— nos quedamos a medias debido a su enfermedad. Un día me llamó, con la urgencia que lo caracterizaba para atacar dificultades del oficio, y me contó su grave problema y que tenía que concentrarse en tratar de resolverlo.

Bajó al mínimo el ritmo de sus responsabilidades, pero había algo que él no podía dejar: el teatro. Pronto me llamó para decirme que, de alguna manera, se podía reintegrar

al montaje de *Belice*. Y así fue: corrigió vestuarios, aportó ideas, trabajó pelucas, acentuó el teñido de una bata, probó peinados y hasta aplicó tatuajes: “el del alacrán, hijo... ahí, como lo traía el fulano ése que fuimos a ver, ¿cómo se llamaba? ¿El Botas?”.

Su pasión por estar era tanta que llegó a decirme nostálgico: “Creo que, finalmente, hubiera podido comprometerme a hacer todo el trabajo, pero yo no podía arriesgarme y arriesgarlos”.

Delgado, pequeño, con una delicadeza interior admirable, generoso, ya tan delgado, pálido y con su enfermedad a cuestas, y aun así estaba presente en el que, tal vez, era el ambiente donde más cómodo se sentía: un camerino de teatro. Y ahí estaba Carlos, preocupado por el resultado de nuestra aventura común, efímera como la vida, conversando con los actores mientras todos nos preocupábamos por él, por su terrible delgadez, pero él seguía obsesionado en peinar una peluca para que se acercara al boceto que dibujó, que el pelo, a fuerza de trabajo, no luciera “bonito” o “bien” sino que retratara al personaje, y ese extraordinario hombre, notable académico, amigo entrañable, se reunía con nosotros, antes de la función en un camerino, incluso en noviembre, armado con un peine, un fijador y con su asombrosa sabiduría teatral. Su sentido de ambición era contagioso para todos. Junto a Rocés, perfeccionar cada vez más nuestro trabajo no sólo era posible, era una obligación.

Creo que la ausencia de Carlos será notable en el Colmex, esa institución que veneró y a la que contribuyó de manera ejemplar, pero en el teatro deja también un vacío enorme. Era el mejor diseñador de vestuario del teatro de arte mexicano. Ojalá su manera de hacer las cosas tenga escuela.

Una vez que termina un hecho teatral, sólo queda el recuerdo. Los que se van, habitan en la boca de los vivos. Pero de algo estoy seguro, si existe, el cielo es un tablado y ahí está Charly, impecablemente vestido, con su viveza y energía características, rodeado de reflectores y recibiendo la tonelada de aplausos que realmente merecía.



Mi amigo Carlos Roces

Conocí a Carlos Roces tumbado en una mesa de operaciones. Mi padre le operó de una herida en un brazo, que se hizo jugando no sé dónde. Calculo que no debía tener más de diez años, dada la diferencia de edad que había entre nosotros. Todo lo que recuerdo es un aspecto infantil y el cuidado típico del padre ante un hijo supuestamente en peligro, aunque su herida no era nada: al parecer se había seccionado un tendón.

Años después, entró un buen día en la cafetería de El Colegio en Guanajuato 125, acompañado de Adrián Lajous, quien nos presentó: ninguno de los dos quiso recordar en aquel momento nuestro primer encuentro. Hablamos un poco, me viene ahora a la memoria, de Inglaterra de donde regresaba. Lo demás es confuso y se mezcla con aquellos años de El Colegio guanajuatense. No puedo decir si entró en esa época en el Centro de Estudios Económicos. Lo que sí tengo presente es que para mí era el hijo de mi profesor don Wenceslao Roces, y un cierto parecido físico, sobre todo en la estatura y hasta donde cabe, en los gestos, siempre bruscos, eléctricos. También me llamó la atención su manera de hablar. No tenía acento español, como yo y como mis amigos de la Academia Hispano-Mexicana, a pesar de utilizar una multitud de giros típicamente españoles, algunos sorprendentes como el haber mantenido el uso de la segunda persona del plural —el vosotros— que nosotros, los de la Academia, casi todos habíamos perdido.

Carlos fue también de la Academia, tema de una infinidad de conversaciones, a veces enternecidas, a veces bastante ácidas —mucho más crítica mi posición que la suya—, aunque el hecho de haber muerto casi todos nuestros profesores nos llevaba a la tolerancia de lo que en su momento nos irritó y al recuerdo generoso, aunque un tanto hipócrita.

Siempre me sorprendió la multitud de vínculos que había mantenido con el exilio, relaciones que venían de amistades más de sus padres que de él mismo. Me llamaba la atención su cuidado con la vida social, su respeto por la tradición y su mantenimiento de las formas. Fue, me parece, una manera de proteger una intimidad donde asentaba una vida suya y sólo suya: la educación exquisita en tantos aspectos y detalles le amurallaba contra una campechanería puerta de entrada de la confianza que fácilmente cae en la vulgaridad. Su generosidad, su risa pronta y las atenciones concedidas al interlocutor engañaban y hacían suponer a éste un conocimiento de Carlos que, de hecho, no tuvo nadie. Fue, en más de un sentido, un hombre solo, voluntariamente solo.

Culto, fue un buen lector pero no un lector voraz. No fue el hombre de un libro al día. Se asomaba a la prensa con curiosidad pero sin prisa ni continuidad, sin necesidad de estar al tanto de la última noticia: en su esquema vital, construido de retoques más que de grandes síntesis, de inseguridades reveladoras, la moral se imponía siempre sobre el conocimiento. No pudo nunca aceptar una injusticia. Cuando, después de mil y una dudas, alcanzaba una decisión, no había manera de moverle de aquella posición tan cuidadosamente lograda. Defenderla no era ya un problema de razón, lo convertía en un caso de honor, era el “defendella y no enmendalla”.

Un hombre tan de una pieza no se sintió nunca perdido en los problemas de la administración, pues nunca fue un burócrata, jamás se amparó en el cargo para imponerse, menos aun para apoderarse de una parcela cualquiera de poder. Su renuncia al beneficio particular le protegió de la seguridad del administrador de oficio. Vivió preocupado por la

necesidad de encontrar una imparcialidad y un desprendimiento que estaban en su naturaleza, pero que no ayudan a gobernar: no ha habido un funcionario en El Colegio más ajeno ni más indiferente a los problemas de obediencia y jerarquía. Conciliador por naturaleza y voluntad, consideró la Coordinación General Académica algo así como un juzgado de paz, donde se limaban las asperezas que saltan todos los días en el mundo del orgullo académico, donde todo está en juego de manera permanente y las susceptibilidades sólo con una mano izquierda muy bien templada pueden calmarse.

Excelente profesor, queridísimo por sus alumnos, sorprendía su alejamiento de los temas económicos, en principio su profesión. Si se le preguntaba por hechos concretos, una devaluación, la deuda externa o cualquiera de uno de sus temas que inquietaban al profano, contestaba con precisión y ejemplos perfectos, pero tan pronto como el interlocutor parecía estar enterado y satisfecho con la explicación, cambiaba de la economía a lo que fuera, a lo que no fuera economía.

Conocida fue su pasión por el teatro. En más de una ocasión quise saber por qué no se había dedicado a lo que parecía ser una actividad para él plenamente satisfactoria. Era lo que parecía llenarle, lo que daba respuesta a inquietudes reprimidas, no como la economía, que sólo le absorbía cuando se convertía en docencia. El arte dramático era todo,

desde la taquilla hasta la diva, pasando por lo que no era su *péché mignon*, sino su pasión, el vestuario.

No hará más de dos años, le encargaron vestir a los actores para *Les liaisons dangereuses* de Laclos. Me mostré absolutamente escéptico sobre la posibilidad de lograr algo decente, presentable, a menos de disponer de un presupuesto inimaginable en México. Hablamos mucho de sus avances, cuando de pronto abandonó ese encargo. No quise hacerle una sola pregunta sobre lo que me sonaba a fracaso. Sentí que de haber caído la representación por una razón para él no admisible, su disgusto debía ser demasiado doloroso precisamente por el entusiasmo con que se lanzó a la tarea. Lo mismo ocurrió con *El gesticulador* de Usigli. Ahí fue más grave; con un tono al borde de la crispación se limitó a decirme: —Te prohíbo ir.

Bien pensado, la pasión la ponía en todo cuanto le caía en las manos. La Cátedra Azaña, que yo presidía, se convirtió durante más de un año en su proyecto. Hizo todo, desde ocuparse de los pagos a los conferencistas hasta irlos a recibir al aeropuerto. Todo, como era de esperarse, desde bambalinas, con un cuidado llevado hasta la exageración para no aparecer como el hombre que busca situarse en el primer plano. La sola imagen de arribista social le resultaba intolerable. Si algo le devoraba —cosa en apariencia imposible— era la discreción. Con su manera de retirarse del mundo, lo mostró con una elegancia insuperable.



Con don Wenceslao, don Carlos Prieto, su hermana Elena y su sobrina Carmen.

Carlos Rocés, la obra de la serenidad

Cuando admiramos a alguien tendemos a pensarlo inmortal; la idea de la desaparición no concuerda con el sentimiento de lo humano, con el devenir del tiempo en el que algunas personas ocupan un lugar particular por sus dotes humanas, su calidad ética y la dimensión de su pensamiento. Pero como con precisión y crudeza dijo Simone de Beauvoir, todos los hombres son mortales.

Nos acostumbramos a la ausencia porque podemos suplirla con la memoria. Nos acostumbramos al no ser por la facultad de remitirnos al legado; pero no nos acostumbramos jamás a la idea de la partida definitiva porque anula toda posibilidad de crecimiento, de cultivo de la amistad y del encuentro prolongado.

Carlos Rocés Derronsoro, en la expresión de Virgilio, se fue donde los muchos hace apenas unos días. Sereno, en la sutil discreción que fue nota fundamental de su personalidad, soportó la enfermedad y la transitó en silencio.

Lo recordamos escuchando con atención, conversando con cortesía y siempre con inteligencia. Su huella en el entorno de sus amigos o en el medio en que lo conocí, El Colegio de México, es impecedera tanto por su conocimiento y sapiencia, como por su forma de transmitirlos.

Cuando volvió de sus estudios de maestría en economía, en la London School of Economics, Rocés había definido las áreas que se convertirían en el centro de su reflexión y de su enseñanza académicas: economía política y organización industrial, que enfocó a temas como las teorías del oligopolio, la asignación de precios relacionada con la distribución del ingreso y la teoría del valor. Erudito sin ser pretencioso y culto sin ser árido, a sus estudios de economía política le añadía el sentido humano del saber vivir. Si es verdad que fue un magnífico analista de los fenómenos económicos,

nunca dejó de lado el contenido humano o social de los análisis de la ciencia económica.

Carlos Rocés es parte de una generación que tuvo en el compromiso con la sociedad un factor central. Al provenir de una familia víctima de la guerra y la persecución, aprendió que servir a su país, patria de adopción de sus padres y suya por derecho propio, era una forma de contribuir a la construcción de un México de justicia y equidad, desde una trinchera en el frente de las circunstancias, en el silencio de la labor constante y creativa; veintinueve años como profesor e investigador de El Colegio de México son prueba de ese entusiasmo que, por sereno, no se fatigó en la sordidez de las luchas de gabinete que a veces acompañan a la intelectualidad.

Había una labor que Rocés disfrutaba con particular fruición: preparar los programas de los cursos y las listas de lecturas para sus discípulos; su capacidad de aventurarse en los textos, como si se tratara de nuevos territorios por descubrir, le reportaba el placer del aprendizaje continuo y el gozo de transmitir la experiencia del conocimiento. En gran parte, la reconocida calidad del Centro de Estudios Económicos de El Colegio de México se debe a la precisión y al cuidado que durante años Rocés puso en esa labor, que las más de las veces fue completamente anónima.

Esta forma de ser y hacer las cosas proporcionaba a Rocés la posibilidad constante de relacionarse con el arte y con las expresiones del espíritu con tanta o más comodidad que con la academia y el rigor científico. Hay en la personalidad de Rocés algo que los intelectuales han ido perdiendo y que caracterizó las mentes privilegiadas del pasado: la capacidad de tener varios polos de interés y transitar por ellos con humanidad y naturalidad.

Porque a fin de cuentas, en las más puras reflexiones intelectuales de Roces, en sus más analíticos estudios de economía, se advierte una preocupación constante por lo humano y por la sociedad, por la justicia y por la libertad. Uno de sus temas recurrentes fue la lucha contra la pobreza; no tratada desde el punto de vista filosófico o literario, ni siquiera de las buenas intenciones, sino desde el ojo analítico del científico que encuentra en el cuerpo social una enfermedad que mina sus fuerzas vitales y que impide su crecimiento; desde luego, esa preocupación fundamental servía a Roces de pretexto para iniciar reflexiones profundas sobre nuestros ciclos de producción, la asignación de los recursos y los mecanismos de gastos; pero, a diferencia de quienes se encierran en la cúpula del pensamiento para generar ideas que pocas veces

pueden acercarse a la realidad fáctica, Roces sabía que todo conocimiento debe dirigirse a la sociedad, de lo contrario se convierte en parte de la historia de las ideas, en papel para anaqueles, nunca en fuente de posibilidades.

No hubo retiro en la labor de Carlos Roces: se fue con el privilegio de muy pocos, en plena labor creativa. Tiempo habrá para analizar a fondo su pensamiento; para quienes lo conocimos y disfrutamos de su amistad a lo largo de muchos años, quienes compartimos con él su pasión por el estudio y el conocimiento y para quienes pudimos testificar su entrega a la tarea de vivir de acuerdo con las convicciones propias, el diálogo con Roces continúa, en la memoria de nuestro afecto y en la práctica humana que recomendaba Quevedo, de oír con nuestros ojos a quienes se han ido.



Con su padre y su sobrina Elena.

La amistad

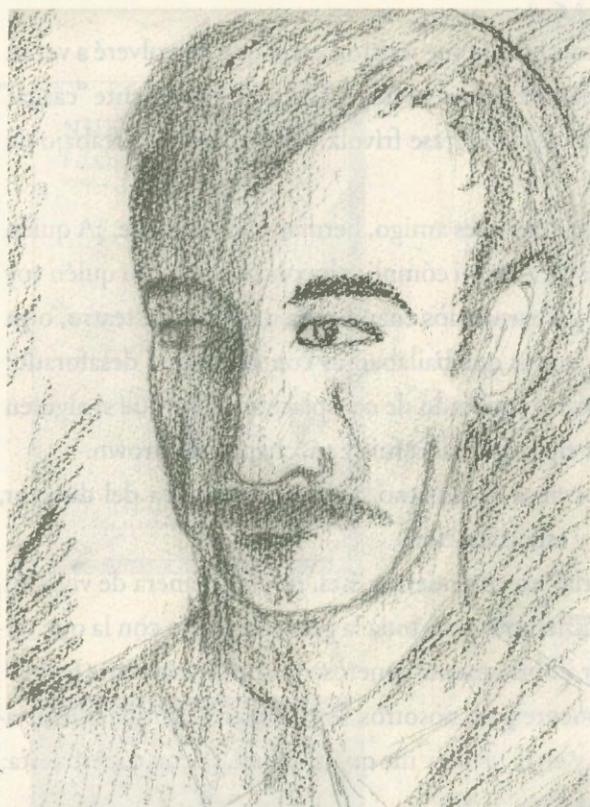
Cuando la suerte se esfuma, encontramos al amigo verdadero .

[...] no es posible tener una vida feliz, firme y constante sin la amistad, ni conservarla, a menos que queramos a nuestros amigos como a nosotros mismos.

Disfrutamos de la alegría de nuestros amigos como la nuestra y nos dolemos con sus sufrimientos.

Lo que dijimos sobre la virtud y su relación con los placeres debe decirse sobre la amistad.

De Finibus



Dibujo de Martha Elena Venier

De Cicerón a Atico

Has de saber que lo que ahora necesito con más urgencia es un confidente —alguien con quien pueda compartir todo lo que me preocupa—, un amigo sabio y afectuoso con el que pueda hablar sin fingimientos, excusas ni ocultamientos

¿Dónde estás tú? Tú que tantas veces has aliviado, con tus palabras y consejos, mis preocupaciones y angustias; que siempre has sido confidente de mis problemas y has participado en mis conversaciones y proyectos.

Cuando me voy al foro rodeado por un grupo de amigos, en medio de una multitud tan grande no puedo encontrar a nadie a quien contar un chiste con plena libertad o chismear amigablemente.

Ven a visitarnos; aunque haya que evitar todo esto para lo que te llamo, sin embargo, hazlo en honor del cariño que te tengo, a pesar de lo desagradable que es todo.

¿Acaso no hay afecto natural entre los buenos?

Apreciamos la palabra “amor”, de la que proviene “amistad”

Si pensamos en la amistad por nuestro interés, y no en provecho de quien amamos, no existirá esa amistad, sino un mercado del propio interés.

Los prados y el ganado se aprecian por el producto que obtenemos de ellos, pero el afecto y la amistad entre los hombres es gratuito.

De natura Deorum

Carta a Carlos Roces

Charlie querido:

Han pasado casi tres meses y aunque tengo más calma en mi corazón me resisto a creer que no volveré a ver tu sonrisa bigotona, tu cigarro partido a la mitad —para fumar menos—, tu frágil figura elegantemente “casual” bebiendo una taza de café o un tequilita, jugando con una atinada frase frívola y disfrutando tu trabajo de diseñador.

Ahora me conformo menos con tu ausencia. Qué falta me haces amigo, hermano, hijo, padre. ¿A quién voy a contar mis alegrías, penas, amores y desamores, quién va a ser mi cómplice incondicional, con quién voy a reír de las torpezas de ambos, a compartir mis acuerdos y desacuerdos cuando vea una obra de teatro, oiga un concierto o simplemente asista a un reventón de éstos en los que bailábamos con un frenesí desaforado? ¿Con quién voy a defender o triturar un trabajo falto de rigor y sobrado de complacencia? Porque si alguien no fue complaciente fuiste tú; si alguien tuvo mucho rigor en lo que hacía fuiste tú, chaparrito Brown.

Aunque durmieras poco y comieras menos, te esforzabas al máximo, respetando la idea del director, siempre, para que tus diseños fueran funcionales, creíbles y espectaculares.

Quizás algunos de tus compañeros de profesión “seria” no entenderían ésta, tu otra manera de vivir, tu ser creativo, incluso podrían tomarlo como un frívolo pasatiempo, pero toda la gente de teatro con la que trabajaste sabemos que nos diste siempre lo máximo de tu ser infinitamente generoso y asombrosamente bello.

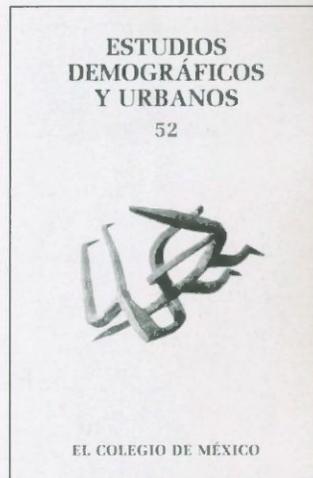
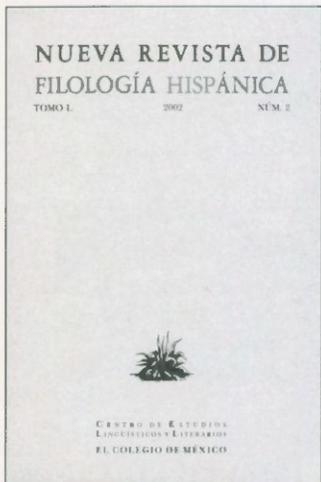
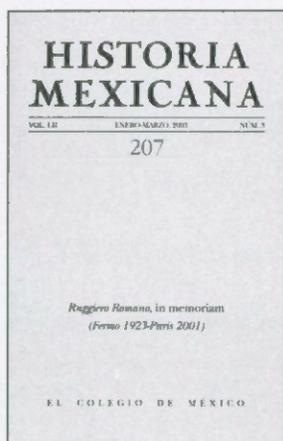
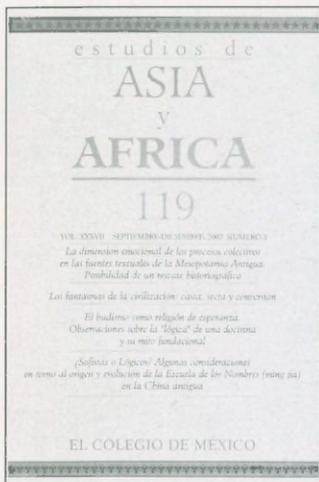
En cierta ocasión te malaconsejé para ganarte totalmente para nosotros “los cómicos”, te dije que dejaras la investigación y la docencia en El Colegio de México y en la UNAM y me quedé pasmada con tu respuesta: “Ay, Santa... mi trabajo en economía también me compensa”.

Charlie, ya no te tengo a mi lado y me duele mucho no haberte dicho cuánto te quiero, cuánto te necesito y cuánto te extraño. Sólo me reconforta saber que un ser incorruptible, justo y bondadoso como tú, José Carlos Roces Dorronsoro, no se haya enterado de esta inmoral y abyecta guerra que nos tiene enojados e “inmensamente tristes”.

Besos, chaparrito de mi vida y de mi amor.

MARTA VERDUZCO

PUBLICACIONES PERIÓDICAS



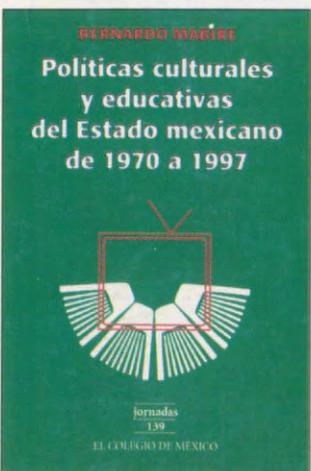
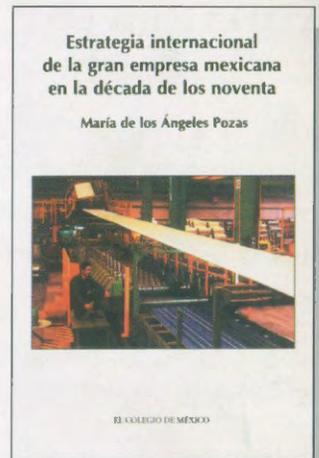
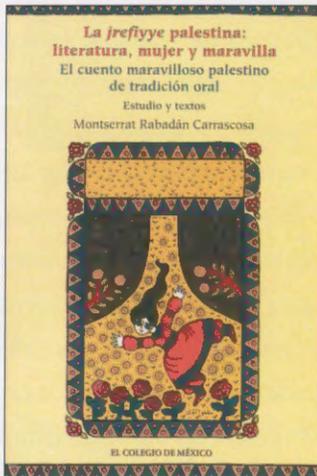
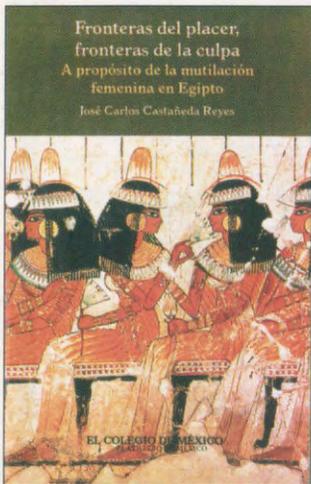
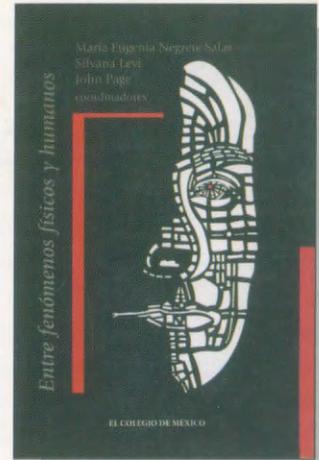
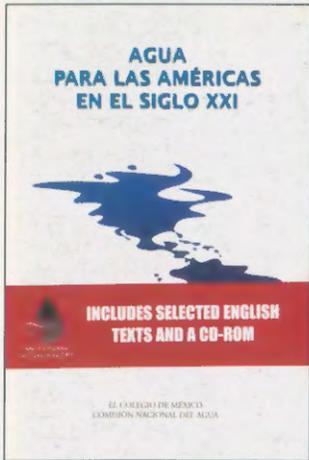
EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx



NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx

